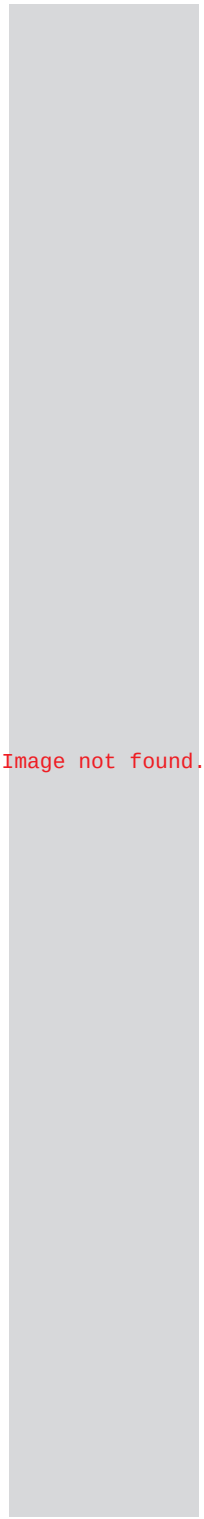
Amistades Literarias Célebres

Ginnevra D.



Capítulo 1

Los griegos.

Socrates y Alcibiades.— Sin duda, aquí hay un gran contraste. Un joven griego valiente, guapo, vanidoso, elegante, impulsivo y rápido, y un filósofo feo, estoico, lógico, de expresión llana, austero y semiscéptico. Cómo llegaron a estar en términos de igualdad, no lo sabemos, pero fue durante la campaña contra Potidaea, en la que ambos portaron armas, que se juntaron y se hicieron amigos firmes, Sócrates más tarde salvó la vida de Alcibíades con gran riesgo de la suya.

Alcibiades era cambiante, vertiginoso e indeciso; y sin embargo, Sócrates nunca se burla de él con alguna revelación de sus vicios, y solo lo ataca con la cuestión de su belleza, para mostrarle que el intelecto es más hermoso que la persona, y que obtener cosas bellas en lugar de una reputación por ellas es intercambiar bronce por oro.

Encantado por estas imágenes doradas, como él las llama, Alcibíades pensó que pronto debía hacer lo que Sócrates había decretado, pero lo dejó, solo para extraviarse como antes, y revolotear como un fantasma entre nobles resoluciones y amargos arrepentimientos. El contraste de su amigo operaba más fuertemente sobre él, y cómo logró convertirse en lo que fue, sigue siendo bastante misterioso después de sus propias declaraciones. "Porque cuando lo escucho," hacen que diga en el *Banquete* , "mi corazón salta mucho más que el de los coribantes; y mis lágrimas fluyen escuchando sus discursos. Veo a muchos otros sufriendo de la misma manera.... Pero a menudo me veo afectado por este Marsias (un célebre sátiro musical al que Alcibíades había comparado a Sócrates), y me parece que yo no debería vivir mientras estoy en ese estado. No dirás, Sócrates, que esto no es verdad; e incluso ahora me siento consciente de que, si estuviera dispuesto a prestarle mi oído, no podría soportarlo, sino que sufriría de la misma manera, porque me obligaría a confesar que, siendo aún muy deficiente, descuido mis asuntos, pero atiendo los de los atenienses. Por fuerza, por lo tanto, reprimiéndome a mí mismo en cuanto a mis oídos, me alejo de él, volando, por así decirlo, de las Sirenas, por miedo a sentarme allí hasta que me haga viejo ".

Sin embargo, para ver su interacción en forma correcta, el lector debe leer detenidamente el primer y segundo Alcibíades, donde se da más de lo que podemos encontrar espacio aquí. Como ilustración de las enseñanzas de Diotima, esta amistad es muy notable; sin embargo, cómo Sócrates podía haber hecho tanto por su amigo, y no haber hecho más, es muy inexplicable: la respuesta debe, por supuesto, buscarse en el carácter inestable de Alcibíades. No intentaremos comprenderlo; sin embargo, que quede como un alto ejemplo de su tipo -del filósofo solitario y el hombre brillante de sociedad- una refutación de la calumnia de que la amistad no

puede existir, excepto entre iguales, una demostración del hecho de que el intelecto es un elemento necesario en una compañía magnánima, y ☐☐la fidelidad es un rasgo que puede existir lado a lado con el contraste más inaguantable.

Pero hay una figura más grandiosa al lado de Sócrates. Estamos familiarizados con esa frente amplia y divino rostro: es Platón, cuyo reinado como rey de filósofos y hombres ha continuado sin discusión durante mucho tiempo. Lo vemos primero como un joven modesto, silencioso y virtuoso, lleno de pensamientos indecibles que lo poseen como dioses, y lo conducen donde quieren. Él nació para ser grande, pero no puede encontrar el camino. La pintura, la gimnasia, los ditirambos, las canciones y las tragedias son tantos medios a través de los cuales su divino descontento se esfuerza por encontrar expresión y reposo. Un enigma para él mismo, no es menos una maravilla y un misterio para los demás. Su padre está perplejo, inquieto, preocupado. Recuerda al hombre feo, sin disfraces, pobremente vestido y medio loco que ha visto tantas veces en los talleres, las calles y el mercado, hablando, discutiendo, y adivinando los caracteres de quienes lo rodean: hará de su hijo uno de sus alumnos. Justo cuando llegan, Sócrates narra un sueño que había tenido la noche anterior, en el que, según Apuleyo, había visto volar un polluelo de cisne desde el altar de Amor en la Academia, y postrarse sobre sus rodillas, y luego elevarse, con alas desplegadas, y cantando dulcemente. "¡Este es el pájaro!" Sócrates exclama. "¡Miren el Cisne Académico!" Platón había encontrado ahora a su maestro de los misterios y su profeta del alma. Ahora todo es luz, rosada luz de la mañana. "Ven aquí, Vulcano", exclamó poco después, mientras quemaba sus poemas ante el templo de Dionisio, "¡Platón te necesita!" Por fin ha encontrado al hombre que puede ayudarlo a ser él mismo.

Durante once años el hombre solitario, sin sonrisa, y el filósofo noble y desinteresado, llevan una vida bendita, unida y divina. La imaginación puede llenarlo como le plazca con paseos por la ciudad, enseñanzas solemnes y grandezas silenciosas. No hay detalles, y serían más suaves que esta magnitud de cielo azul si los tuviéramos. El balbuceo de un historiador es la vacuidad misma cuando se lo compara con la sublimidad infinita del silencio. Solo hay una imagen para nosotros, y es la del juicio memorable, del cual Platón nos ha dado, se supone, el discurso original, completo y sin adornos de su maestro.* Sigue la escena de la muerte, y en adelante la misión de Platón es más clara y brillante. Desechando las aspiraciones políticas de años anteriores, se dedica a la filosofía, reúne los dichos y las conversaciones de su gran padre espiritual, y deja detrás de él un monumento de sus amores y vidas que atraviesa el cielo de cada edad posterior, como la blanca parte superior de Olympus.

Encuentra un amigo en el noble Dion, un pariente de Dionisio I., el tirano de Siracusa, que le pedirá el intento de reformar al tirano mismo. Aquí podemos vislumbrar la noble veracidad de la mente de Platón y el

profundo recuerdo de su maestro divino. "¿Quién es el hombre más feliz?" pregunta el tirano, que quiere tornar la conversación en alabanza de sí mismo. "Sócrates", responde Platón. El tirano intenta la política con el mismo propósito. "¿No es una cosa valiente ser un tirano?" "El más cobarde, ya que teme incluso la cuchilla del barbero", es la respuesta punzante. "Tu lenguaje es el de un idiota", chilla el desconcertado hombre. "El tuyo es el de un tirano", replica el tranquilo filósofo.

De tal amigo, Dion deriva los impulsos más nobles y los consejos más sabios. Platón verá a su amigo desarrollar en Siracusa el ideal de gobierno político, la superación de la gente, al que él mismo había dado sus pensamientos anteriormente. Siente su propia posición exaltada y escribe sobre sí mismo: "Ahora estoy genial, al convertirme en un seguidor de los dictados de mi razón". Levantaría a su amigo Dion a una elevación similar en su propio esfera. Afortunadamente, tenemos algunas de sus propias palabras a Dion. "Pero lo que ahora existe sobre ti es tal, de modo que las personas de toda la tierra habitada, si uno puede hablar con un estilo más bien arrogante, están mirando a un lugar, y en ese lugar a ti en especial. Entonces, ya que eres contemplado por todos los hombres, prepárate para exhibirte como el celebrado Licurgo de la antigüedad, y Ciro, y cualquier otro que se haya considerado superior en virtudes morales y políticas ". Puede ser ridículo, dice, mencionar estos asuntos; pero acaso los niños, así como sus amigos, no incitan a los combatientes en el teatro?

Platón puso en peligro su propia vida para salvar la de su amigo; refutó las calumnias de sus enemigos; lo alabó como a un hombre pío, templado y prudente; cuenta el propio Dionisio II, cuando Dion es asesinado, que su amigo tropezó y trastabilló en su ignorancia de la villanía codiciosa de los demás, y ahora yace muerto, y que Sicilia se envuelve en un dolor infinito; y aconseja a sus amigos y familiares que se comuniquen entre sí y a sus enemigos.

Cuando Platón se encontró con Dion en los Juegos Olímpicos, todos los griegos lo contemplaron con admiración; y cuando lo dejó rígido, frío y sin venganza, todo el mundo miró con tristeza y silencio reverente. Pero Platón tenía otro amigo del que sabemos aún menos. Se conocieron estudiando astronomía, y su nombre era Aster. En dos hermosos epigramas, Platón ha dejado la apasionante historia de su amistad. El primero lo podemos llamar Vida, y el segundo Muerte.

"Tú contemplas las estrellas, mi amor. Ah, con mucho gusto sería tu cielo estrellado, con mil ojos, para yo poder contemplarte a ti. " [versión de Longfellow]

El segundo es en la versión de Shelley:

"Eras la estrella de la mañana entre los vivos,
Antes que tu bella luz se hubiera ido;

Ahora, muerto, eres como Hesperus, dando
Nuevo esplendor a los muertos ".

---

* Ver la Introducción de Schleiermachers a la Apología, donde el asunto se resuelve satisfactoriamente.

Autor: Mrs. Thompson, 1862

Traducción al español: GinnevraD. 2018.

Capítulo 2

Goethe y Schiller:

Pocas amistades son más genuinamente instructivas que las de Goethe y Schiller. Se puede aprender una nueva lección de vida humana a partir de su relación desinteresada, y cuando los dioses pasan a ser amigos, corresponde a todos los hombres ser espectadores agradecidos. En la acción y reacción de estas dos mentes, en sus trabajos solitarios y logros unidos, sus amores, alegrías y penas, olvidamos todo lo que es molesto recordar, y recordamos solo lo que nunca debemos olvidar. Hay algo único incluso en sus primeros acercamientos del uno al otro. No se apresuraron apenas se vieron, a tomarse las manos, balbucear sentimientos y jurarse amistad eterna. Conocidos entre ellos por su reputación antes de conocerse, las obras de uno impresionaron desfavorablemente al otro. A su regreso de Italia, adonde había estado para el cultivo general y estético, Goethe fundó el "Ardinghello" de Heinse y Schiller "Robbers" con gran reputación

Al primero lo odiaba por su sensualidad y misticismo, y al segundo por su despliegue apasionado de las mismas paradojas morales y dramáticas con las que él mismo estaba luchando por librarse. Schiller estaba en Weimar, pero Goethe lo evitó. En la segunda visita de Schiller, en el verano de 1788, se encontraron en la casa de los Lengefelds en Rudolstadt. Schiller tenía entonces veintinueve años y Goethe treinta y nueve. Goethe estaba lleno de Italia, su paisaje, sus pinturas y obras de arte, y su mente brillante derramaba sus ideas y críticas en una rica y rápida sucesión. Cuando un buen hablador tiene una vez toda la conversación para sí mismo, sus auditores escuchan como lo harían con un soliloquio escuchado por casualidad, y no hay posibilidad para mentes y hombres inferiores.

Había muchos puntos sobre los cuales Schiller se diferenciaba de él, aunque tenía pocas posibilidades de contender con él en términos justos o en terreno llano. Tan diferentes constituían los dos, que encontramos a Schiller dando rienda suelta a una lastimera tristeza. "No sé si alguna vez llegaremos a una comunión cercana. Mucho de lo que me interesa ya ha pasado por su época con él. Toda su naturaleza es, desde su mismo origen, diferentemente constituida de la mía; su mundo no es mi mundo; nuestros modos de concebir las cosas parece ser esencialmente diferente. De tal combinación, no puede resultar una intimidad segura y sustancial. El tiempo lo intentará."

Por su parte, Goethe se sentía aún menos atraído por Schiller. Por un tiempo se separaron, como "antípodas espirituales". Su intimidad parecía incluso menos probable de lograrse. Algunos pasajes del ensayo de Schiller sobre "Gracia y Dignidad," parecían apuntar al propio Goethe, y

tergiversar su confesión de fe. Goethe sintió que si se escribía sin referencia especial a él, solo servía para mostrar la imposibilidad de su amistad. Dalberg usó todas sus artes de conciliación en vano, porque la hora del destino debe llegar en su propio momento. Se encontraron nuevamente en Jena, en una de las reuniones periódicas de una Sociedad de Historia Natural, establecida por Batsch, y entablaron una conversación sobre el estudio de las ciencias naturales. Dejemos ahora que Goethe mismo narre lo que siguió demostrando algunos rasgos distintivos de caracter y la bondad de su propio corazón.

"Llegamos a su casa; la conversación me indujo a entrar. Luego le expuse con la mayor vivacidad posible, la metamorfosis de las plantas, dibujando sobre papel, con muchos trazos característicos, una planta simbólica para él a medida que yo procedía. Escuchó y vio todo esto con mucho interés y comprensión clara; pero cuando terminé, sacudió la cabeza y dijo: "Esto no es un experimento; esto es una idea ". Me detuve con cierto grado de irritación; porque el punto que nos separaba estaba más luminosamente marcado por esta expresión. Las opiniones en 'Gracia y Dignidad' se me ocurrieron nuevamente; el viejo rencor estaba despertando en ese momento; pero lo sofoqué y simplemente dije: "Me alegro de encontrar que yo tenía ideas sin saberlo; más aún, que las vi ante mis ojos ". Schiller tenía mucha más prudencia y destreza de gestión que yo: también pensaba en su periódico, el «Horen», sobre esta época, y por supuesto deseaba atraer más que rechazarme. En consecuencia, respondió como un consumado kantita; y como mi realismo rígido dio ocasión a muchas contradicciones, se libraron muchas batallas entre nosotros, y finalmente una tregua, en la que ninguno de los dos consintió en ceder la victoria, pero cada uno se mantuvo invencible. Posiciones como las siguientes me afligieron hasta el alma misma. ¿Cómo puede alguna vez haber un experimento que corresponda con una idea? La específica calidad de una idea es, que no hay experimento que pueda llegar a ella o estar de acuerdo con ella. Sin embargo, si él tenía como idea, la misma cosa que yo consideraba como un experimento, sin duda debía, pensé, haber alguna comunidad entre nosotros, un terreno en el que ambos pudiéramos encontrarnos... y así, por medio de esa poderosa e interminable controversia entre objeto y sujeto, los dos concluimos una alianza, que no se rompió, y produjo muchos beneficios para nosotros y para otros ".

Antes de este feliz entendimiento mutuo, Goethe había utilizado noblemente su interés en nombre de Schiller, y ayudó a conseguir su elección para la Cátedra de Historia en la Universidad de Jena. Ahora se volvió aún más ardiente en sus esfuerzos por su amigo, y a lo largo de toda la línea de la vida de Schiller se esparcen esas pequeñas muestras de respeto afectuoso que son verdaderamente más elocuentes que las florituras más retóricas o las exclamaciones celestiales. Se ayudaron el uno al otro. En el "Horen" eran como los dos lados de una misma mente, y cuando, en 1797, Schiller sacó su primer "Musen-almanach", pudieron tomar represalias contra los filisteos de mente pequeña que consideraban

su conexión con tanta malicia de palabras groseras. El periodismo no ha alcanzado una posición más alta que en Alemania en la línea límite del último siglo y el presente. No hay nada parecido entre nosotros, y ahora, cuando casi todos los escritores de la eminencia tienen su bema y su camarilla, se busca en vano algo como una aproximación, mucho menos superioridad.

El "Xenien", así llamado de una serie de epigramas personales en el 13 ° Libro de Marcial, era parte del "Musen-almanach" y consistía en Coplas satíricas separadas escritas por autores separados sobre temas distintos, pero todas destinadas a tener coherencia y un fin determinado. Eran sátiras alocadas, destellando por todas partes, y atravesando falsedades, sombras y todas las formas posibles de engreimiento, como una lluvia de espadas de Toledo. Era una guerra de los gigantes, no con los dioses, sino con esa estupidez paquidérmica contra la que Schiller dijo que incluso los dioses luchaban en vano. Toda Alemania estaba conmovida por ellos: "Desde la época de Lutero", declara Carlyle, "apenas ha habido tanta lucha y agitación en el intelecto de Europa". Schiller y Goethe ahora eran muy íntimos. Visitaban la casa del otro y con frecuencia los vieron en Triesnitz, a un kilómetro y medio de Jena, sentados juntos en una mesa debajo de un árbol con abundante sombra, en una conversación amistosa. En 1799, Schiller se retiró a Weimar, a consecuencia de la indisposición, y obtuvo una pensión del Gran Duque, por la cual su amigo ejerció una influencia considerable. Él ahora había cerrado su "Tienda de Filosofía", y estaba ocupado con los dramas que siguieron a "Wallenstein". Juntos, estos amigos dirigieron el manejo del teatro, "el púlpito y el escenario", dijo Schiller, "son los únicos lugares para nosotros", y juntos trabajaron para adaptar sus escritos a puntos de vista más amplios y una representación más práctica, sugiriendo Schiller mejoras en "Count Egmont" y Goethe en "Don Carlos".

Pero debemos apresurarnos a la escena final. Es el 9 de mayo de 1805. El teatro está cerrado, y hay evidencias de una pena común en Weimer. Henry Meyer, que estaba con Goethe en ese momento, escucha las noticias, y se apresura a dejar la casa para ocultar su dolor. Goethe, él mismo enfermo, percibe una turbación general y finalmente dice: "Ya veo, Schiller debe estar muy enfermo". Y el hombre tranquilo se emociona poderosamente; sí, el que estaba sereno cuando murió el duque Karl, que trabajó más duro cuando su propio hijo fue herido, cuya doctrina severa era dass wir entsagen müssen, incluso él lloró en las horas de la noche solitaria. Por la mañana, preguntó a una mujer si Schiller no había estado muy enfermo ayer. La mujer sollozó audiblemente. "Está muerto!" dijo Goethe, débilmente. "Lo ha dicho usted", respondió ella. "¡Está muerto!", Repitió Goethe, tapándose los ojos con las manos.

Las diferencias distintivas en el carácter de estos dos hombres heroicos se pueden ver en sus poemas, e incluso en su concepción de la historia, pero resultan más verdaderas en las cualidades que observamos en sus

interacciones. Algunas palabras deben ser suficientes para mostrar esto. Las dos palabras comunes, real e ideal, pueden estar llenas con todas sus diferencias más pequeñas. En su vida, Schiller siempre buscó una elevación etérea, e imaginó que cuando había negado la existencia del mal, la mezquindad y la limitación, habían dejado de existir, excepto como ideas más allá de la polvorienta región de la vida cotidiana. Su mente estaba llena de la maravilla de un niño y el entusiasmo de un joven. Nunca envejeció, y Dama Naturaleza pudo haber dicho de él, incluso en su madurez más profunda: "¿No es él un niño prometedor?". Una vez dijo: Toda su vida, ha sido la interpretación de los oráculos de su infancia.

Goethe, que apuntó más bien a la agrupación artística de objetos en los que imaginaba lo real y lo universal, nunca se traicionó en esta espléndida región de idealidades, y detestaba todo lo que lo sorprendiera sancandolo de ese equilibrio tranquilo que era en él al mismo tiempo una necesidad y una virtud. No tenía calientacamas en su sangre; todo era la cálida y tranquilidad de un día de otoño. Todo sentimiento en su naturaleza se intelectualizaba; mientras que, en Schiller, todo el intelecto se transfundía a su sentido estético y se desvanecía en un gran tipo de sensibilidad. De Schiller, Madame de Stael dijo con veracidad, "sa conscience etoit sa Muse."
Goethe admiraba en Spinoza ese estoico desinterés, que dice: "Si te amo, ¿qué es eso para ti?" Estas diferencias continuamente surgieron en sus interacciones, aunque nunca las enajenaron; y cuando Goethe le dijo a Eckermann que no había necesidad de una amistad especial entre ellos, ya que sus esfuerzos comunes hacían su vínculo más noble, y confesó, en su correspondencia, que no sabía qué podría haber sido de él sin el impulso recibido de Schiller, hizo más para mostrar el carácter profundo de su comunión que si hubiera escrito todo un volumen de sus impulsos metafísicos mutuos. Amurallados en sus individualidades, sin embargo abrieron una entrada a través de sus entornos, que uno pudiera comunicarse con el otro, como los ciudadanos griegos rompieron sus muros para admitir a un hermano que vino victorioso de los Juegos Olímpicos.

No podemos decir que su amistad fuera profunda y absorbente, sin embargo, no es menos noble y magnánima. Difícilmente fue un verdadero matrimonio de mentes, sino más bien una inosculación muy hermosa, un perpetuo Verlobung.

Capítulo 3

LONGFELLOW.

La musa del Sr. Longfellow debe poco o nada de su éxito a esas grandes fuentes nacionales de inspiración que muy probablemente influyen en un ardiente temperamento poético. Los grandes y viejos bosques, las magníficas montañas y el escenario boscoso, los poderosos ríos, las sabanas sin senderos-todos esos estupendos y variados atributos de ese gran país, con el que, desde su infancia, él debe haber estado familiarizado, podría pensarse que habrían estampado algunas de estas características en su poesía. Tal, sin embargo, no ha sido el caso. De las imágenes elevadas y las grandes concepciones nos encontramos con pocos, si es que hay algunos, rastros. Pero llena de vida, de amor y de verdad, la corriente de su canto fluye con una tierna y conmovedora simplicidad, y una música suave, que no hemos conocido desde los días de nuestro propio Moore.

Como él, también el genio del Sr. Longfellow es esencialmente lírico; y si no se ha inspirado en las grandes características de su propio país, no ha sido un estudiante sin éxito de las magistrales obras de los maestros de los cantos alemanes. Casi podríamos imaginarnos, mientras leíamos su exquisita balada de la "Ciudad sitiada", que Goethe, Schiller o Uhland estaban ante nosotros; y, sin embargo, no se debe entender que insinuamos que es un simple copista, sino todo lo contrario. Él se ha imbuido de forma tan completa del espíritu de esos modelos exquisitos, que ha logrado producir piezas marcadas con una individualidad propia, y en ninguna manera por detrás de ellos desde el punto del mérito poético. En este sentido, él ofrece otra ilustración de la verdad de la proposición que la sabiduría popular y las leyendas de otros países han sido muy útiles para la formación de la literatura estadounidense.

Alrededor del año 1837, Longfellow, comprometido a hacer la ronda de Europa, seleccionó a Heidelberg como una residencia permanente de invierno. Allí, su esposa fue atacada con una enfermedad, que finalmente resultó fatal. Sucedió, sin embargo, que algún tiempo después llegó al mismo lugar romántico una joven de considerables atractivos personales. El corazón del poeta estaba conmovido; se enamoró de ella; pero la belleza de dieciséis años no simpatizaba con el poeta de treinta y seis, y Longfellow regresó a América, con el corazón perdido al igual que su esposa.

La joven, también estadounidense, regresó a casa poco después. Sus residencias, como se vio después, eran contiguas, y el poeta aprovechó la oportunidad de proseguir con el cortejo, lo que hizo por un tiempo considerable sin mejor éxito que al principio. Así frustrado, se atrincheró resueltamente, y en lugar de, como Petrarca, sitiar el corazón de su

amante a través de sonetos, resolvió escribir un libro entero; un libro que lograría el doble objetivo de ganarse su afecto y de establecer su propia fama.

El resultado fue "Hyperion'', su trabajo y su constancia no se malgastaron: obtuvieron la recompensa que merecían, la dama le dio su mano y su corazón, y ahora residen juntos en Cambridge, en la misma casa en la que Washington hizo su cuartel general cuando fue nombrado por primera vez al mando de los ejércitos estadounidenses.

Estos hechos interesantes nos los comunicó un caballero norteamericano muy inteligente a quien tuvimos el placer de conocer en el mismo lugar que fue el escenario de la primera decepción y pena del poeta.—

Revista de la Universidad de Dublín,1850.

N.T. Este relato no parece coincidir con los datos que aparecen en Wikipedia sobre este espisodio de la vida de Longfellow.

Traducción: GinnevraD., 2018